

Comienza otro año peligroso

Demetrio Boersner*

Como lo señaló Eric Hobsbawm, el siglo veinte con su sentido de realidades y teorías concretas y verificables comenzó a morir en 1980, y desde entonces en adelante hemos vivido en el mundo fantasmagórico de la "posmodernidad", del "minimalismo", de la "deconstrucción" y de otros engendros mentales de una "élite intelectual" profundamente reaccionaria y empeñada en servir a la causa de la globalización neoliberal mediante la descalificación y destrucción del concepto de un desenvolvimiento histórico objetivo.

Afortunadamente, crecientes sectores de la humanidad comienzan a rechazar el paradigma globalizador neoliberal con sus refinamientos filosóficos nihilistas. Y de nuevo abrazan el concepto de una historia universal objetiva que pueda conducir a la humanidad hacia una más elevada conciencia de su condición y de sus potencialidades. En medio de un mundo real que reproduce con aterradora fidelidad las profecías sombrías de un David Ricardo y un Karl Marx sobre las etapas finales del capitalismo, se van formando dos coaliciones de intereses y de pensamiento diametralmente opuestas. Por un lado, el conjunto del capital privado transnacional –con todo el poder político, académico y mediático que logra poner a su servicio- se siente amenazado y dispuesto a dar la pelea por sus intereses. Por el otro, está en lenta pero perceptible germinación una alianza, también transnacional, de grupos humanos vinculados al mundo del trabajo y de la exclusión, que propugnan una mundialización distinta, de signo democrático y solidario. Creemos que la contradicción entre estas dos fuerzas objetivas subyace a la mayor parte de los acontecimientos internacionales que iremos examinando de mes en mes en este año 2005 como lo hacíamos en años anteriores.



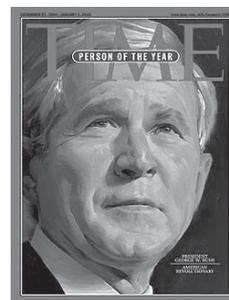
Un Planeta Enfurecido

El 26 de diciembre de 2004, un movimiento sísmico de 8 puntos en la escala de Richter, en la punta norte de Sumatra, Indonesia, provocó un tsunami (onda oceánica gigantesca en extensión y en fuerza) que golpeó con furia inimaginable los litorales de once países de Asia del sur y de África oriental, causó la muerte o desaparición de casi 200.000 seres humanos y destruyó o dañó las viviendas o propiedades de por lo menos un millón de personas adicionales.

Esta tremenda catástrofe ocurrió casi exactamente un año después de un terremoto que, a fines de 2003, devastó y enlutó una zona de Irán. Durante el pasado lustro, otros desastres naturales han afectado a diversas regiones del mundo: inundaciones y deslaves (incluido el que mató a por lo menos 30.000 venezolanos en 1999), huracanes o ciclones, sequías causantes de hambrunas. Como factor constante, que acompañaba esas calamidades, se hizo más perceptible el fenómeno del cambio climático o "recalentamiento global", sin duda impulsa-

do por la contaminación del medio ambiente por los desechos de una tecnología humana manejada en forma irresponsable.

Parece plausible la tesis de que el equilibrio de las fuerzas naturales –climáticas, geológicas, biológicas, etc.- es en última instancia uno solo, y que cualquier perturbación de uno de sus aspectos afecta también a los demás. Para que se apacigüen un tanto las imprevisibles furias de nuestro planeta y la vida humana, animal y vegetal tenga mejores probabilidades de sobrevivir, en 2005 será una urgente tarea de los sectores progresistas, exigir con energía que las potencias industrializadas y todos los demás países comiencen a cumplir de modo urgente y serio sus obligaciones de protección ambiental definidas en convenios internacionales.



Bush quiere mantener el unilateralismo, pero ¿podrá?

Apenas reelecto a comienzos de noviembre pasado, el presidente norteamericano George W. Bush reiteró su convicción de que su actuación pasada había sido correcta y que en el futuro convendría mantener y hasta intensificar el conservadorismo interno y el unilateralismo exterior. La designación de la doctora Condoleezza Rice como sucesora de Colin Powell en el Departamento de Estado parece indicar que se quiere acentuar aún más



la primacía del interés nacional estadounidense y de la guerra contra el terrorismo por encima de compromisos y consideraciones multilaterales de otra índole. Con respecto a Irak y el Medio Oriente (que han llegado a dominar en forma obsesiva y excluyente la política exterior de Estados Unidos), se ratificó la línea vigente: aplastar las resistencias nacionalistas o islamistas y promover el modelo político y económico occidental, consolidando al mismo tiempo el control geo y petroestratégico de la región.

Sin embargo, es muy posible que en los meses venideros el presidente Bush se vea sometido a una serie de fracasos y decepciones que lo coloquen ante la disyuntiva de modificar su actitud arrogante y unilateralista, o estrellarse contra obstáculos insalvables. La resistencia nacional iraquí contra la ocupación militar estadounidense y británica es tenaz y profunda, y posiblemente invencible. Irak puede convertirse en un nuevo Vietnam: guerra asimétrica, donde el contrincante inicialmente más poderoso se ve golpeado y derrotado paso a paso por los variados, múltiples e incesantes ataques del que comenzó siendo el vencido y el débil. Este va recogiendo nuevos aliados a medida que se prolonga la pelea. En este caso vendrán a su auxilio otros pueblos árabes o sectores de ellos, junto con musulmanes no árabes, antihegemonistas no musulmanes, y en grado creciente

el propio pueblo norteamericano que se dará cuenta de que su mandatario lo conduce por un sendero de derrota y de aislamiento. Al mismo tiempo es previsible un aumento de las dificultades económicas y sociales del coloso norteamericano, con el preocupante debilitamiento del dólar, una deuda externa e interna vertiginosa y una política social y fiscal dirigida a favorecer a los más ricos en detrimento de los sectores medios y populares. El descontento engendrado por esos factores socioeconómicos se uniría al que engendren los eventuales fracasos en Irak.

La única forma en que el presidente Bush podría escapar al desprestigio, pareciera ser un oportuno viraje autocrítico hacia el multilateralismo y una nueva política de mayor aliento social tanto en lo externo como en lo interno. El futuro nos mostrará si es capaz de ello.

Un bloque sudamericano, ¿virtual o real?

El miércoles, 8 de diciembre de 2004 se firmó en Cuzco, Perú, el acuerdo que creó la Comunidad Suramericana de Naciones (CSAN). Los 12 Estados suramericanos signatarios estaban reunidos en su tercera cumbre presidencial. La primera se había celebrado en Brasilia en 2000, y la segunda en Guayaquil en 2002. El acuerdo suscrito contempla la integración política, económica, infraestructural, energética, comunicacional, social y cultural de un bloque continental de naciones emergentes o en desarrollo, con un territorio de 17 millones de kilómetros cuadrados, una población total de 361 millones de seres humanos, un PIB combinado de 973.000 millones de dólares, y un valor de exportaciones conjuntas de aproximadamente 200.000 millones de dólares. Este



ambicioso esquema de integración se basa materialmente en la unión de la Comunidad Andina y el Mercosur en una sola zona de libre comercio a partir del 1° de enero de 2005. Ya el 80 por ciento del comercio dentro de esa vasta zona está —sobre el papel— liberado de aranceles y otras restricciones. Se contempla la liberación del 20 por ciento restante en un lapso de 15 años, culminando en 2020.

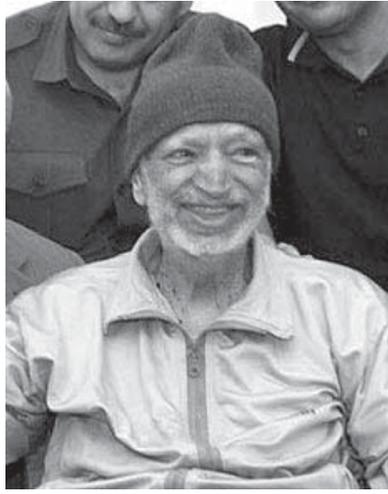
Ese concepto responde a una visión geopolítica que Brasil ha sostenido durante la mayor parte del siglo veinte y hasta el momento actual. Según la dirigencia brasileña, América Latina es una entidad demasiado vasta y diluida para poder integrarse sólidamente, en tanto que el bloque continental suramericano ofrece las condiciones físicas y humanas adecuadas para ello. Argentina ha tendido a pensar en términos similares, y la histórica rivalidad brasileño-rioplatense ha sido en buena parte una pugna por el liderazgo de una futura Suramérica unida.

Precisamente esta rivalidad aún no superada, y el hecho de que la integración suramericana, a diferencia de la europea, ha comenzado por lo político y lo teórico y no por lo económico y concreto, nos obligan a cierto grado de escepticismo y de cautela al evaluar la importancia efectiva del encomiable encuentro de Cuzco. Encuentro en el cual se reflejaron claramente los diversos grados muy variados de verdadera convicción con respecto a la viabilidad de la Comunidad Suramericana. En un extremo, el presidente Hugo Chávez, de Venezuela, cantó himnos a la grandeza de la ocasión que le pareció próxima al cumplimiento del “sueño de Bolívar”. En el otro extremo, el presidente Néstor Kirchner, con la malcriadez que lo aflige en ocasiones, se negó a asistir personalmente y delegó la representación argentina en su canciller, porque —dijo— sólo va a “reuniones importantes para el país”. Los mandatarios de Ecuador, Uruguay y Paraguay también estuvieron personalmente ausentes, al igual que el presidente Vicente Fox, de México, quien había sido invitado como observador.



Inquietantes brotes militaristas populistas

El descontento cada vez más difundido en América Latina frente a los efectos socialmente negativos de la globalización neoliberal está tomando dos vertientes paralelas divergentes y que no tardarán en convertirse en enemigas. Por un lado, se va desarrollando una nueva izquierda democrática que defiende los derechos de las clases populares y la autonomía nacional de los países en desarrollo por métodos legales, combinando la firmeza con la disposición a negociar. El Partido de Trabajadores brasileño y su jefe Lula son ejemplos de esta corriente progresista. Por otro lado, se están formando fuerzas militaristas populistas de naturaleza autoritaria, violenta y excluyente, que reflejan la amargura de clases oprimidas tradicionales con vocación de retorno al pasado, llenas de odio a lo foráneo y reacias al diálogo. En Perú, dos militares hermanos, Antauro y Ollanta Humala, encabezaron una sublevación con esas características que combinan elementos de extrema derecha con otros de justicialismo social. Dicen ser admiradores del presidente de Venezuela y su "revolución bolivariana" y, por otra parte, mantienen vínculos de alianza con extremistas bolivianos y peruanos que sueñan con la creación de un Estado indígena independiente. Se declaran enemigos vehementes de Chile (por la derrota peruana en la Guerra del Pacífico de 1879) de Estados Unidos y de Israel. En su confusa ideología se mezclan ideas nazis con arrebatos bolcheviques. Como los fanáticos islamistas de Asia y Noráfrica, quisieran curar males existentes con remedios peores. Y constituyen un peligroso factor de división entre latinoamericanos, lo cual podría beneficiar justamente a los adversarios de la alianza de nuestros pueblos por un desarrollo autónomo.



Israel y Palestina después de Arafat

El fallecimiento, en noviembre de 2004, del líder nacional palestino Yasir Arafat ha tenido el efecto de hacer posible un desbloqueo del proceso de paz israeloárabe. Aunque Arafat jugó un papel histórico positivo en la medida en que estableció una clara distinción entre el sionismo (al que combatía) y el pueblo judío (merecedor de su respeto) y llegó a reconocer el derecho del Estado de Israel a la existencia y la paz, a la postre resultaron negativos su autoritarismo personalista y su rechazo a las importantes concesiones que un gobierno laborista israelí ofreció en 2001 a la parte palestina.

Mahmud Abbás (Abú Mazen), dirigente moderado de influencia predominante después de Arafat, dirigió un gobierno interino y llamó al pueblo palestino a las primeras elecciones libres y pluralistas de su historia. Del lado israelí, el primer ministro Ariel Sharon a su vez jugó la carta de la paz, preparó la eliminación de los asentamientos judíos en Gaza e invitó a los laboristas a formar parte de su gobierno.

Abú Mazen ganó las elecciones presidenciales palestinas con fuerte mayoría, pero su autoridad es disputada por Maruan Barguti, dirigente palestino más radical que fue liberado de una cárcel israelí para poder hacer campaña por la presidencia. En las semanas iniciales del nuevo año se vislumbra un posible relanzamiento del proceso de paz, pero siguen existiendo formidables obstáculos a su realización.

Rusia y el Occidente, recomienzo de tensiones

Desde su reelección triunfal en 2004, el presidente ruso Vladimir Putin ha fortalecido grandemente su poder personal. Luego del cruel atentado terrorista contra la escuela de Beslan, tomó medidas drásticas de seguridad y de recentralización del Estado, eliminando la elección directa de los gobernadores regionales. En lo económico, está llevando a cabo una estrategia de renacionalización de empresas básicas que en la época de Yeltsin fueron entregadas a capitalistas privados de mentalidad cleptócrata. En política exterior, ha comenzado a reafirmar los intereses nacionales de Rusia como potencia deseosa de recuperar su área de influencia histórica, del Báltico al Pacífico.

En el mes final de 2004, Rusia y el Occidente se enfrentaron en una pugna geopolítica por la influencia sobre Ucrania con motivo de las elecciones presidenciales de ese país, cuya parte occidental tiende hacia la OTAN y la UE, mientras su mitad oriental es prorrusa. Luego de una primera ronda electoral amañada, la presión occidental logró la celebración de otra, en la que, ante un ejército de observadores internacionales, triunfó el señor Yúschenko, liberal occidentalista, sobre el señor Yanukóvich, burócrata amigo de Rusia. Desde un punto de vista favorable a la libertad democrática, nos puede complacer ese resultado comicial, aunque como partidarios de un orden internacional multipolar nos conviene desear que se mantenga un equilibrio entre las esferas de influencia occidental y rusa.



**Miembro del Consejo de Redacción*